Horacio

Epodos

ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Epodon Liber (Épodos)

Horacio

Traducción: Germán Salinas (1909)

I - A MECENAS

¿Irás en los bajeles liburnos, amigo Mecenas, entre las altas fortalezas de las

naves, resuelto a afrontar todos los peligros del César? ¡Ah!, ¿qué será de mí, a

quien la existencia parece tan grata mientras vives, como le sería insoportable

con tu muerte? ¿Habré de obedecer y condenarme a una quietud que

únicamente me agrada en tu compañía, o temes acaso que no pueda

sobrellevar las fatigas de la guerra con el ánimo que conviene a los fuertes

varones? Las soportaré y te seguiré con pecho animoso por las cumbres de los

Alpes, del Cáucaso inhospitalario y las últimas comarcas de Occidente.

¿Me preguntas cómo yo tan débil y apocado he de ayudar tus esfuerzos con

los míos? Acompañándote será menos mi temor, que siempre acobarda más a

los ausentes, así el ave que cobija a sus tiernos polluelos recelosa del ataque de

la serpiente, teme mucho más cuando los abandona, aunque su presencia no

les sirva de auxilio.

Con el mayor gozo iría a esta y otras campañas sólo en la esperanza de

complacerte, y no por aumentar las parejas de bueyes uncidas a mis arados

relucientes, ni porque mis rebaños, al amenazar el estío, truequen los de

Calabria por los pastos lucanos, ni para que mi granja se extienda hasta tocar

las murallas de la elevada Túsculo. Bastante me ha enriquecido tu liberalidad a

manos l enas. Jamás codiciaré tesoros que esconda en la tierra, como el avaro

Cremes, o que disipe como un joven manirroto.

II - ALABANZA DE LA VIDA CAMPESTRE

Dichoso el que alejado de los negocios y libre de toda usura, como los

primitivos mortales, trabaja los paternos campos con bueyes de su propiedad; ni

le despierta en el campamento el aviso de la cruel trompeta, ni le intimidan las

borrascas del iracundo mar, y evita por igual los pleitos del foro que los

soberbios umbrales de los ciudadanos poderosos.

Ya liga los crecidos sarmientos al tronco de los altos álamos, ya contempla

vagar sus rebaños de vacas mugidoras en el angosto valle, o corta con la

podadera las ramas inútiles injertando otras mejores, o conserva la miel de sus

panales en limpias ánforas, o trasquila las ovejas enfermas.

Pues cuando el otoño levanta en los campos su cabeza coronada de frutos

sabrosos, ¡cómo se regocija cogiendo la pera injerta <injertada> y la uva que

desafía el color de la púrpura, para ofrecerlas a ti, Priapo, y a ti, padre Silvano,

que guardas los linderos!

Ora se recuesta a la sombra de vieja encina, ora sobre la grama de fuerte raíz,

mientras las cascadas se precipitan de las altas rocas, las aves gorjean en la

selva y murmuran las linfas que manan de las Fuentes, invitando al dulce sueño.

Mas así que el tonante Jove nos trae las nieves y las lluvias del invierno,

persigue con la jauría de perros al cerdoso jabalí, precipitándolo en la oculta

trampa, o con horquilla ligera extiende las redes donde han de caer los voraces

tordos, o prende en el lazo la tímida liebre y la grulla extranjera, premios que

recompensan sus afanes.

¿Quién no olvidará con estos ejercicios los sinsabores y zozobras que el amor

acarrea? ¡Y qué placer si la púdica esposa cuida por su parte de la casa y los

tiernos hijos, cual la Sabina o la mujer del recio habitante de Apulia, tostada por

el sol, y con leños secos enciende el hogar a la l egada del varón fatigado,

encierra en la urdimbre de zarzas las cabras triscadoras, ordeña sus ubres

llenas, saca de la tinaja vino mulso de aquel año y le adereza la mesa

con

viandas no compradas!

No me agradarían más las ostras del Lucrino, el escaro ni el rodaballo, si la

borrasca movida por el Levante los dirige a nuestros mares; ni la gallina de

África o el francolín de Jonia serían recibidos con más placer en mi vientre que

la aceituna cogida de las ramas rebosantes, la hierba del lampazo que crían las

praderas, las malvas tan saludables al cuerpo enfermo, la cordera sacrificada al

dios Término y el cabrito arrancado a los dientes del lobo.

Entre estos manjares, ¡qué hermoso es ver cómo vuelven a su casa las ovejas

repastadas, cómo traen el arado al revés, sobre el lánguido cuello, los bueyes

desfal ecidos, y los esclavos, enjambre de las casas ricas, sentados en torno a la

fogata brillante del hogar!»

Apenas hablo así Alfio, el usurero, dispuesto a hacerse rústico, a mediados de

mes recoge todo su capital, y vuelve a prestarlo a principios del siguiente.

III - CONTRA EL AJO

Si algún criminal con mano impía hubiese cortado la cabeza de su anciano

padre, condénesele a comer ajos, más ponzoñosos que la cicuta. ¡Oh duros

vientres de los segadores!, ¿qué veneno roe mis entrañas? ¿Es sangre

de

víbora cocida con estas hierbas la que me abrasa, o fue este manjar aderezado

por Canidia?

Cuando Medea, entre todos los argonautas, escogió por amante al hermoso

Jasón, untólo con zumo de ajos para que sujetase los indómitos toros, y con ajos

envenenó los presentes que la vengaron de su rival antes de huir sobre el alado

dragón.

Jamás ningún astro lanzó tan cálidos vapores a la sedienta Apulia, ni la túnica

envenenada ardió con tal violencia sobre los hombros del pujante Hércules. Si

un día deseas comerlos, jovial Mecenas, que tu amante rechace tus besos con

su linda mano, y se acueste, lejos de ti, al borde de la cama.

IV - CONTRA MENAS, LIBERTO DEL GRAN POMPEYO

Cuanta enemiga puso Naturaleza entre lobos y corderos, tanta es la que siento

hacia ti, que un día sufriste que amoratase tus espaldas el látigo de Iberia, y

aprisionase tus pies el duro gril ete.

Aunque te pavonees soberbio con tus riquezas, la fortuna no cambia el linaje.

¿No reparas, cuando barres la vía Sacra con tu toga rozagante, cómo la

indignación de los transeúntes se desata contra ti en los mayores ultrajes? «Ese

hombrezuelo azotado por los triunviros hasta rendir al pregonero, labra mil

yugadas del campo Falerno, recorre en sus bridones la vía Apia, y como si fuese

un caballero, con desprecio de la ley de Otón, ocupa en el teatro los primeros

asientos. ¿A qué equipar tantas naves rostradas contra ladrones y esclavos, si

este mal bicho es tribuno de los soldados?»

V - CONTRA LA HECHICERA CANIDIA

«¡Ah! Por los dioses que desde el cielo gobiernan la tierra y el humano linaje,

¿qué peligros amenaza ese tumulto, o qué significan todos esos semblantes

enfurecidos contra mí? Si Lucina te asistió alguna vez en partos verdaderos, te

suplico por tus hijos, por este vano honor de la púrpura, por Jove que reprueba

tus maldades, me digas qué te mueve a mirarme como ceñuda madrastra o

como fiera castigada por el hierro.»

Apenas el niño tembloroso prorrumpe en tales lamentos, despojando del

vestido su tierno cuerpo que podría enternecer el pecho feroz de un tracio,

Canidia, ceñida la fronte y el áspero cabello de rabiosas víboras, ordena quemar

en las l amas de Colcos las ramas del fúnebre ciprés y del cabrahigo que crece

en los sepulcros, los huevos de la inmunda rana teñidos en sangre, las plumas

del búho nocturno, las hierbas que produce Yolcos o Iberia, fértil en venenos, y

los huesos arrancados a la boca de una perra hambrienta.

Ságana, muy solícita, esparce por toda la casa las aguas del Averno, con los

cabellos rígidos como el erizo de mar o el jabalí en su carrera. Veya, que jamás

sintió remordimiento por sus crímenes, anhelante de fatiga, cava con el duro

azadón la tierra donde había de ser sepultado el niño que iba a morir ante el

horrible espectáculo de la comida, que se le renovaba dos o tres veces al día

junto a la boca, como el infeliz que se ahoga y consigue asomar la cabeza por

encima de las olas, hasta que extrayéndole la medula y los ardientes hígados,

pudiese componer un filtro amoroso, en el momento que la muerte apagase para

siempre sus pupilas fijas en la vianda apetecida.

Los ociosos habitantes de Nápoles y los pueblos circunvecinos creyeron que

no faltó Folia la de Arímini <Rímini>, conocida por su varonil lujuria, y capaz de

arrancar del cielo la luna y las estrellas con sus mágicos encantamientos <voz

tesalia>.

Entonces la cruel Canidia, mordiéndose con los negros dientes las uñas que

jamás se cortó, ¿qué dijo o qué cal ó? Oídla: «¡0h noche! y ¡oh Diana!,

compañeras fieles de mis empresas, que presidís el silencio, sedme propicias en

la celebración de estos sagrados misterios. <Ahora, ahora venid>, que vuestro

numen se revuelva airado contra las casas de mis enemigos, mientras las fieras

se rinden al blando sueño en la fragosidad del bosque. Que todos los perros de

Suburra ladren a ese viejo adúltero, que provoca la risa general con sus

esencias de nardo, tan perfectas como no supieron nunca elaborarlas mis

manos.

»¿Mas qué es esto? ¿Cómo resultan ineficaces los creules venenos de la

bárbara Medea, con los cuales antes de la fuga se vengó de su orgul osa rival la

hija del gran Creonte, abrasándole el cuerpo con la túnica emponzañada que le

regalara el mismo día de sus bodas? Y eso que jamás me engañó ninguna

hierba ni raíz oculta en los montes escabrosos.

»El perverso, olvidándose de mí, frecuenta los lechos perfumados de cien

rameras. ¡Ah! Sin duda debe su libertad a los encantos de hechiceras más

sabias. ¡Ay, Varo, cómo has de llorar tu desdén! Yo haré que vuelvas a mí,

valiéndome de filtros nunca conocidos, y tales, que los cantos de los marsos no

consigan devolverte la razón. Te preparo y has de beber una poción irresistible, y

antes el cielo aparecerá bajo el mar y la tierra por encima del cielo que dejes de

abrasarte en mi amor con la violencia del negro betún arrojado a las l amas.»

Al oír esto el niño, ya no pensó en mover a piedad tan infames Harpías con sus

tristes quejas, y dudando cómo rompería su silencio, por fin prorrumpe en las

maldiciones de Tiestes.

«Vuestros hechizos y crímenes atroces son impotentes para mudar la suerte de

los mortales.

»Yo os perseguiré acompañado de las Furias, y no hay víctima que expíe tan

horrendas imprecaciones. Luego que haya expirado, pues ordenáis que muera,

mi sombra os acosará por la noche, y os clavará en el rostro las corvas uñas,

que los Manes tienen este poder.

»Introducida en vuestros corazones, os quitará el sueño con grandes terrores;

las turbas, viejas indecentes, os acosarán por las cal es a pedradas, y después

arrojaran a los lobos y los buitres del Esquilino vuestros cadáveres insepultos.

Este espectáculo calmará, ¡ay!, el dolor de mis padres, que han de

sobrevivirme.»

VI - CONTRA CASIO SEVERO

Can medroso frente a los lobos, ¿por qué acometes a las personas

inofensivas, y no vuelves tus necias amenazas contra mí, que puedo acribil arte

a dentelladas? Pues como el perro moloso o el rojo de Laconia, defensa de los

pastores, con las orejas enhiestas perseguiré por la nieve del monte a las fieras

que huyan de mí.

Tú, a poco de alborotar la selva con feroces ladridos, te pones a olfatear el

hueso que te arrojan. Guárdate, guárdate, que tengo prontos los cuernos para

ensartar a los bribones, cual el despreciado yerno del infiel Licambes, o el

enconado enemigo de Búpalo; y si alguno pretende clavarme el diente, no l oraré

como un niño sin tomar venganza.

VII - A LOS ROMANOS

¿Adónde, adónde os despeñáis, malvados? ¿Por qué los aceros desnudos

brillan en vuestras manos? ¿No se ha vertido ya bastante sangre latina sobre la

tierra y el mar? Y no para que el romano destruyera con el incendio las

soberbias torres de la enemiga Cartago, o el indomable britano descendióse

cargado de hierro por la vía Sacra, sino para que, según los votos de los

parthos, Roma pereciese por su propia diestra. Los lobos y leones nunca

mostraron fiereza tanta con los de su especie.

¿Os arrebata un furor ciego, o la fuerza del destino, o vuestras culpas?

Respondedme.

Callan, y la palidez se refleja en sus semblantes, y sus ánimos se rinden al

estupor.

No hay duda; cruel fatalidad persigue a los romanos, y el crimen de la muerte

de Remo manchó la tierra con sangre, que han de expiar sus descendientes.

VIII - CONTRA UNA VIEJA IMPÚDICA

¿Y pretendes que enerve mi vigor <preguntas por qué se enerva mi vigor> por

complacerte, vieja impúdica, montón de años <podrida hace un siglo>, que

tienes los dientes negros, la frente surcada por las arrugas de la decrepitud, y

como vaca rijosa despides un hedor nauseabundo entre las escuálidas nalgas

<nalgas entre las que bosteza el ano deforme de una vaca indigestada>?

¿Piensas que <Quizá> me seducen tus pechos <fofos> nacidos como las ubres

de una yegua, tu vientre blandu cho y los flacos muslos que sostienen tus

hinchadas rodil as? Que seas opulenta, que precedan en tu entierro las

imágenes triunfales de tus antepasados y no haya matrona que se pasee

adornada de perlas más hermosas; pues bien: no me importa <qué decir de>

que los libros de los estoicos anden entre tus almohadones de seda.

¿Acaso la

gente tosca y sin letras muestra menos pujanza y siente menos el ardor de

Venus <o menos languidecen sus encantos>? Si pretendes excitarlos, lo

conseguirás con los refinamientos que sabes <trabájandome con la boca>.

IX - A MECENAS

Venturoso Mecenas, ¿cuándo será que, regocijado por la victoria de César,

beba en tu soberbio alcázar (así lo quiere Jove) el Cécubo añejo que reservas

para los suntuosos festines, que amenizan los cantos acompañados por la

flauta, en el tono frigio <e.e. bárbaro>, y la lira en el dórico? Como el día en que,

tras el incendio de sus naves, se vio arrojado del estrecho de Sicilia el hijo de

Neptuno, aquel que amenazaba oprimir la ciudad con las cadenas arrancadas a

su pérfidos siervos.

El soldado romano, ¡ay!, los descendientes se resistirán a, creerlo, esclavo de

una mujer, la sigue con su campo y sus armas, se rebaja a obedecer a

despreciables eunucos, y entre las águilas de las legiones el sol contempla el

pabellón de una egipcia. Dos mil galos, l enos de sonrojo y aclamando a César,

lanzan los caballos a sus tiendas <pero los galos nos han traído dos mil

caballos, cantando al César>, y las popas de las naves enemigas buscan su

salvación a la izquierda del puerto. ¡Triunfo, triunfo!, ¿cómo detienes los carros

de marfil y las terneras no domadas <intactas>? Sí, triunfo más grande que el

alcanzado por el caudillo vencedor de Yugurta, o Escipión el Africano, que alzó

sobre las ruinas de Cartago el pedestal de su gloria. El enemigo, vencido en mar

y tierra, trueca por vestidos de luto sus galas de púrpura, y con vientos

desvavorables busca un refugio en Creta, orgullosa con sus cien ciudades, o se

pierde en las sirtes azotadas por los vientos de Mediodía, o vaga por mares

desconocidos.

Muchacho, tráenos aquí sendas copas l enas del licor de Quíos y Lesbos, o

sírvenos el Cécubo que entona los estómagos débiles. Quiero sepultar en dulce

vino el miedo y la zozobra que pasé por la suerte de César.

X - CONTRA MEVIO

Con auspicios fatales zarpa la nave que conduce al hediondo Mevio. Austro, no

dejes do azotarla por ambos costados con las olas enfurecidas.

Que el Euro sombrío, agitando el mar, le arranque los cables y los remos

hechos pedazos. Que brame el Aquilón como suele al descuajar en las altas

cumbres las corpulentas encinas, y en la lobreguez de la noche no

luzca, por

donde el triste Oríon se pone, estrella que le sea favorable, y contemple el

piélago más alborotado que la hueste victoriosa de los griegos, cuando Palas

desvió su cólera de las cenizas de Troya para revolverla contra la impía nave de

Áyax. ¡Ay, cuántos trabajos amenazan a tu chusma, cuánta palidez reflejará tu

rostro, qué femeniles lamentos saldrán de tus labios, y qué súplicas al indignado

Jove, así que el golfo jónico, soliviantado por el húmedo Noto, destroce tu navío!

Mas si tu cadáver, arrojado a la corva playa, sirve de pasto suculento a los

cuervos marinos, inmolaré a las tempestades un cabrón libidinoso y una

[inocente] cordera.

XI - A PETO

Ya, Peto, no me recrea como otros días escribir versos, herido gravemente por

los dardos del amor, del amor que abrasó mis venas, más que a ningún mortal,

por los tiernos mancebos o las lindas doncellas. Pasaron tres diciembres

despojando de pompa a los árboles desde que cesó mi frenesí por Inaquia. ¡Ay,

cuánto se habló de mi locura en la ciudad! Aún me avergüenza tanta humillación

y me sonrojan aquellos banquetes en que mi silencio, mi languidez y mis

suspiros, arrancados del hondo pecho, delataban mi febril apasionamiento.

Quejábame de que nada valiese el amor ingenuo del pobre con una mujer

interesada, y no te ocultaba mis lágrimas cuando el dios indiscreto con sus

ardientes libaciones me hacia confesar los más recónditos arcanos. ¡Ah! Si logro

encender en libre cólera mis entrañas, dejaré que se l even los vientos mis

vanas quejas, incapaces de cerrar tan crueles heridas, y, desechando esta falsa

vergüenza, rehusaré competir con rivales indignos de mí.

Así que te hube anunciado tan firme resolución, mandaste que me recogiera en

casa; pero, ¡ay!, los pies vacilantes me l evaban a las puertas de aquella

enemiga, en cuyos umbrales se desplomó cien veces mi cuerpo quebrantado.

Ahora me domina Licisco, que se gloría de vencer en voluptuosidad a la mujer

más impúdica. Ni severos reproches ni graves amonestaciones de amigos

podrán arrancarme esta pasión si ya no es otra l ama encendida por alguna

tierna doncel a, o algún adolescente <terso> que anude en trenzas su larga

cabellera.

XIl - CONTRA UNA VIEJA DESHONESTA

¿Qué pretendes de mí, vieja dignísima del amor de un negro elefante? ¿A qué

me regalas y envías tus billetes si ya no soy un joven vigoroso, ni he perdido el

olfato y sé percibir, con la sagacidad del perro valiente que descubre dónde se

oculta el jabalí, el pólipo de tus narices y el hedor de tus velludos sobacos?

¡Qué sudor transpiran tus débiles miembros, y qué olores tan repulsivos

exhalan por doquier cuando en lúbrica actitud te dispones a satisfacer tu

arrebatada lujuria <aunque mi pene esté flojo>! Ya la fresca greda y el color que

produce el excremento del cocodrilo resbalan por tu rostro, y en tus violentos

espasmos haces temblar la cama y el suelo, y con estas coléricas palabras

increpas mi flojedad: «Eres más hombre con Inaquia que conmigo. Con el a

trabajas toda la noche <puedes tres veces por noche>, conmigo te rindes a la

primera embestida. Maldita sea Lesbia, que me proporcionó en ti un hombrecillo,

cuando yo buscaba un robusto toro y estaba en posesión de Amintas de Cos,

cuyo ardor nunca extinguido oprimía mi cuerpo con la fuerza que el árbol recién

plantado arraiga en la tierra. »Los mantos, dos veces teñidos en la púrpura de

Tiro, ¿para quién los vestía yo? Por ti solo. Deseaba que ninguno de tus amigos

se vanagloriase de ser más querido de su amante que tú; pero ¡cuán desdichada

soy!; huyes de mi presencia como el cordero del hambriento lobo y la cabra del

león.

XIII - A UN AMIGO

Hórrida tempestad encapota el cielo, y arroja a torrentes la l uvia y las nieves; el

huracán de Tracia resuena en los mares y los bosques.

Amigos, aprovechemos la ocasión, y pues los años y las fuerzas de la juventud

nos lo permiten, lejos de nosotros las tristezas que anublan la frente de la vejez.

Saca de la bodega el vino que escondo desde el tiempo del cónsul Torcuato en

que nací. <No hables de lo demás>; tal vez un dios nos traerá luego días más

venturosos.

Ahora debemos ungir el cuerpo con las esencias pérsicas y desterrar a los

sones de la lira las sombrías inquietudes del alma.

Así aconsejaba el noble centauro Quirón a su heroico alumno : «Invicto joven

Aquiles, vástago de la divina Tetis, oye cómo te llama la tierra de Asáraco, que

riegan las frías ondas del Escamandro y el tortuoso Simois.

»Las Parcas, rompiendo el hilo de tu existencia, evitarán que vuelvas de aquel

país, y tu madre, la de cerúleos cabellos, no podrá acompañarte a su palacio.

»Procura, pues, disipar allí las nubes de tu melancolía con el vino, el

canto y

los coloquios de los buenos amigos.»

XIV - A MECENAS

Querido Mecenas, me matas preguntándome a todas horas por qué la blanda

pereza sume mi espíritu en olvido tan profundo, cual si hubiese apagado mi sed

ardiente en la onda olvidadiza del Leteo.

Un dios, un dios me impide terminar los yambos comenzados que ha días te

prometí. Me abraso, como se abrasaba por el joven Batilo de Samos Anacreonte

de Teos, que cantó cien veces al compás de la lira armoniosa su amor

desdeñado en versos bastante lejanos de la perfección.

Tú también ardes en la misma l ama, y si tu hermosa no cede a la que ocasionó

el incendio de Troya, goza enhorabuena de tu suerte. A mí me atormenta la

liberta Frine, no satisfecha con un solo amante.

XV - A NEREA

Era de noche; la luna resplandecía en el sereno firmamento, rodeada de

estrel as, cuando tú, dispuesta a ofender la majestad de los dioses con tus

perjurios y estrechándome en tus hermosos brazos más fuertemente que la

hiedra asida a la robusta encina, jurabas sobre mis palabras que en tanto fuese

el lobo el terror del ganado y el Oríon, enemigo de los marineros, sublevase el

inquieto piélago, y las auras agitasen los largos cabellos de Apolo, mi amor sería

por ti al unísono correspondido. ¡Oh Nerea, y cuan amargamente has de sentir

mis rencores, pues mientras quede en mí algo de hombre, no toleraré que pases

las noches enteras con un competidor más afortunado! En mi despecho buscaré

otra amante digna de mi predilección; y si l ego a convertir las sospechas en

cortidumbres, no logrará quebrantar mis propósitos una hermosura que tanto me

ha ofendido. Y tú, rival feliz, que hoy te burlas de mi desgracia, aunque seas rico

en ganados y heredades, aunque corran para ti las arenas del Pactolo, aunque

vuelva a nacer Pitágoras para enseñarte sus profundos misterios y venzas en

gallardía al mismo Nireo, ¡ay!, presto l orarás también al verte suplantado por

otro, y yo me reiré de tus lágrimas.

XVI - A LOS ROMANOS

Una nueva edad se ensangrienta con las guerras civiles, y Roma sa destruye

con sus propias fuerzas. La ciudad que no pudieron abatir los marsos, sus

vecinos, ni el ejército etrusco del amenazador Pórsena, ni la emulación

arrogante de Capua, ni los bríos de Espártaco, ni el infiel piamontés

<los

alóbroges> amigo de revueltas, ni la rubia juventud de la belicosa Germania, ni

Aníbal, tan aborrecido de nuestras madres, la perdemos nosotros, raza impía y

manchada de crímenes, y las fieras salvajes vendrán un día a ocupar

nuevamente su suelo.

El bárbaro vencedor hollará nuestras cenizas; el paso resonante de sus

caballos se dejará sentir sobre nuestras ruinas y, ¡horrible profanación!, su

insolencia esparcirá los huesos de Quirino, hasta hoy defendidos de los vientos

y los soles.

¿Acaso todos o la mejor parte de vosotros busquéis solícitos el remedio a tanta

calamidad. Ved aquí el dictamen más prudente. Como los focenses, maldiciendo

su ciudad, abandonaron sus campos, sus patrios Lares y consintieron que

profanasen sus templos los jabalíes y rapaces lobos, huyamos adonde nos

empuje Ia suerte, adonde por medio de los mares nos lleven el Noto o el Ábrego

violento. ¿0s resolvéis o hay quien proponga remedio mejor? ¡Ea!, ¿por qué

vacilamos en hacernos a la vela con prósperos auspicios? Pero antes hagamos

este juramento: «Que nadie piense en regresar hasta que naden en la superficie

los peñascos arrancados al fondo del abismo, y sólo nos sea lícito

dirigir el curso

hacia nuestras playas cuando l egue la corriente del Po a las cumbres del

Matino, y se derrumbe el excelso Apenino sobre el mar, cuando un amor

inconcebible se deleite en uniones tan monstruosas, que el tigre halle placer en

ayuntarse con el ciervo, la paloma adultere con el milano, los tímidos rebaños se

confíen crédulos a los fieros leones y el macho cabrío se bañe a gusto en las

salobres olas.»

Hechos estos juramentos y los que pueden impedirnos el ansiado regreso,

huyamos todos de la execrada ciudad, o si no la mejor parte de sus indóciles

habitantes; que los tímidos y sin fuerzas reposen muel emente en sus lechos

afrentados.

Pero vosotros, raza de héroes, no os entreguéis a llantos femeniles, y volad

lejos de las playas etruscas. El inmenso Océano nos llama; busquemos a través

de sus olas los campos venturosos y las islas florecientes donde la tierra, sin ser

arada, produce todos los años abundancia de espigas, y la viña no podada

florece con la mayor lozanía; donde las ramas del olivo jamás engañan las

esperanzas concebidas, y los dulces higos adornan el árbol que los sustenta; al í

mana la miel del hueco de la encina, y se desprenden de los altos montes con

grato rumor los cristalinos arroyos; allí el rebaño vuelve del pasto con las ubres

hinchadas, y las cabras se ofrecen gustosas a tas manos que las ordeñan; no

aúlla por la tarde el oso en torno del redil, ni se ven montones de tierra por las

víboras levantados. Dichosos mil veces, veremos que nunca el Euro lluvioso

devasta los campos con sus torrentes, ni la árida gleba seca las fecundas

semil as, porque Jove templará el rigor de las contrarias estaciones. Nunca a

fuerza de remos l egó la nave de los argonautas, ni la impúdica Medea pudo

imprimir sus huel as, ni los marinos de Sidón o la chusma trabajada de Ulises

enderezaron allí sus proas; ningún contagio se ceba allí en los ganados, ni los

aniquila la influencia letal de un astro maligno. Júpiter consagró estas playas a

gentes piadosas, cuando el bronce vino a manchar la pureza del siglo de oro.

Tras el bronce corrieron los siglos aún más duros del hierro, de los cuales

pueden huir a estas regiones los hombres inocentes. Creed en la verdad de mis

profecías.

XVII - HORACIO Y CANIDIA

[HORACIO] Por fin me rindo a tu ciencia soberana, y suplicante te ruego por el

reino de Prosérpina y el numen implacable de Diana, y por los libros poéticos

capaces de arrancar del cielo los astros que lo tachonan, que ceses, Canidia, en

tus mágicas imprecaciones, y vuelvas pronto hacía atrás el círculo que giras

rápidamente.

Pudo Télefo conmover al nieto de Nereo, contra quien armó los soberbios

escuadrones misios y dirigió sus agudas flechas; las matronas de Ilión ungieron

el cuerpo del homicida Héctor, condenado a ser pasto de los perros y las aves

de rapiña, después que Príamo abandonó los muros de su ciudad, para

humillarse a las plantas del obstinado Aquiles; los sufridos marineros de Ulises,

a una señal de Circe, echaron las duras cerdas que cubrían sus carnes, y

recobraron la razón, el habla perdida y la dignidad del rostro humano.

Prenda querida <amada de> de marineros y traficantes, harto tiempo

ejercitaste sobre mí tus rigores. Pasó mi juventud y el color sonrosado de mi

rostro; mis huesos se transparentan bajo un cutis pálido, y con tus malditas

drogas has vuelto blancos mis cabellos; ningún reposo viene a calmar mi

turbación; la noche sigue al día y el día a la noche, sin que el pecho lastimado se

alivie un punto de sus congojas.

Vencido en la fatal contienda, creo al fin lo que siempre negué: que los

encantos de los sabinos mueven el corazón, y las fúnebres canciones de los

marsos son capaces de trastornar el juicio.

¿Qué más pretendes? ¡Oh tierra, oh mar! Yo me abraso en el fuego de

Hércules cuando se vistió la túnica de Neso emponzoñada en las rojas llamas

que vomita el encendido cráter del Etna; pero tu sigues confeccionando en mi

daño los venenos de Colcos, hasta el día en que mis tristes cenizas sean el

juguete de los vientos. ¿Cuándo pondrás término a mis males, o qué precio

exiges por mi rescate? Habla; sufriré resignado el castigo que me impongas,

dispuesto a la expiación, aunque ordenes, que mi lira lisonjera entone tus

alabanzas, llamándote púdica y honesta y haciéndote recorrer los cielos como

un astro de oro. Cástor y su hermano Pólux, ofendidos del ultraje de la hermosa

Hélena, se dejaron vencer por las súplicas y devolvieron al poeta difamador la

vista de que le habían privado; así tu, que puedes hacerlo, líbrame de mi

demencia, ya que no estas manchada por indignos progenitores, ni esparces,

como hechicera advertida, las cenizas de los pobres en los sepulcros a los

nueve días de su muerte. Tus manos son puras, tu pecho compasivo, tu vientre

fecundo, y la matrona lava tus ropas teñidas de sangre cada vez que te levantas

del lecho ágil y sana después de haber dado a luz.

[CANIDIA] ¿Por qué te empeñas en ablandar con tus preces mis oídos tan

sordos como lo son a los gritos de los marineros los peñascos que Neptuno

azota con su bramador oleaje? ¿Piensas quedar impune habiéndote mofado de

los misterios de Cotito y los arcanos del licencioso Cupido?

Como pontífice de los sortilegios del Esquilino, ¿pretendes llenar la ciudad con

mi nombre sin que te aniquile mi venganza? ¿De qué te servirá haber

enriquecido a las hechiceras de Peligno, aprendiendo de el as a componer

tósigos violentos, si la muerte no ha de acudir pronta a tus voces? Infeliz, has de

llevar una vida miserable, que cada día te atormente con nuevos dolores.

Tántalo, padre del culpable Pelops, codicioso del grato manjar que huye de su

boca, pide el fin de su tormento, y lo piden Prometeo, destrozado por el buitre, y

Sísifo, condenado a fijar su peñasco en la cumbre del monte; pero las leyes de

Jove rechazan sus votos.

Deseoso de tu muerte, intentarás arrojarte desde una alta torre, sepultar en tu

pecho el acero homicida, o en la cruel desesperación de tu amargura querrás

echarte un lazo a la garganta. Todo será en vano. Yo cabalgaré en triunfo sobre

tus hombros enemigos, y la tierra reconocerá mi insolente dominación.

¿Acaso la que pudo animar (tu curiosidad harto lo sabe) las imágenes de cera

y arrancar la luna del firmamento con sus gritos, y volver a la vida las cenizas de

los cadáveres, y componer los filtros del amor más enérgicos, habrá de l orar la

impotencia de sus artes inútiles contra ti?

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web